escavacion, como utensilios domésticos, instrumentos de diferentes profesiones, muebles, estátuas, manuscritos, etc., amontonándose todo en el *museo Pórtici*. Me parece, pues, que seria mucho mejor dejar los objetos en el sitio en que se les encuentre, y del mismo modo en que estén, y volver á componer los techos, cielos rasos, pisos y ventanas para impedir la ruina ó destruccion de las pinturas y paredes; volver á levantar la antigua cerca de la ciudad, é incluir en ella las puertas para poner una guardia de soldados con algunos sabios instruidos en las artes. ¿No seria este el museo mas maravilloso del mundo? ¡Una ciudad romana conservada toda entera, como si sus habitantes acabasen de salir de ella un cuarto de hora antes!

Creo que de este modo, se aprenderia mejor la historia doméstica del pueblo romano y el estado de su civilizacion con algunos paseos á Pompeya restaurada, que con la lectura de todas las obras de la antigüedad. Concurriria la Europa entera, pudiendo compensarse ampliamente el coste de la ejecucion de este plan con la afluencia de los estrangeros en Nápoles. Ademas de esto, no se necesitaba hacer la obra de una vez, sino que se continuasen las escavaciones lentamente, pero con regularidad, bastando cortas porciones de ladrillos, pizarra, yeso, piedra y maderage, para irlas empleando á proporcion de lo que se escavase. Un arquitecto hábil podria dirigirse en cuanto á la restauracion por los modelos que encontraria en los paisages pintados en las paredes de las casas de Pompeya.

Pero lo que hoy se practica me parece muy perjudicial, arrancando de su natural sitio las curiosidades mas raras para ponerlas en gabinetes, en que no están ya en relacion con los objetos que las rodeaban. Por otra parte, los edificios descubiertos en Pompeya

se arruinarán pronto; pues aunque las cenizas que los tragaron los han conservado, perecerán al aire si no se trata de mantenerlos ó repararlos.

Solo los monumentos públicos edificados á gran costa con granito y mármol han resistido en todos los paises á la accion del tiempo; pero las habitaciones domésticas, las *villas*, propiamente dichas, se han desplomado, porque la fortuna de los particulares no les permiten levantar obras que luchen con los siglos.

A MR. FONTANES.

Roma, 10 de enero de 1804.

Acabo de llegar de Nápoles, mi querido amigo, trayendo á vd. un recuerdo de mi viage, al que tiene vd. incontestable derecho, consistente en algunas hojas de laurel del sepulcro de Virgilio, «*Tenet nunc Parthenope:*» y aunque hace tiempo que debiera haberle hablado de este pais clásico, propio para interesar á un ingenio como el suyo, me lo han impedido diferentes razones. No quiero sin embargo dejar á Roma sin decir á vd. alguna cosa de esta célebre ciudad. Habiendo convenido en escribir á vd. á la ventura y sin dilacion alguna todo lo que pensase acerca de Italia, así como en otro tiempo referia á vd. las impresiones que hacian en mi corazon las soledades del Nuevo Mundo, paso sin preámbulo á bosquejarle los afueras de Roma, sus campiñas y sus ruinas. Vd. ha leido cuanto se ha escrito sobre el particular, pero dudo que los viageros le hayan hecho formar una idea exacta del cuadro que presenta la campiña romana. Figúrese vd. algo de la desolacion de Tiro y

Babilonia, de que habla la Escritura; un silencio y soledad iguales al ruido y tumulto con que en un dia se apretaban los hombres en este suelo. Cree uno que oye resonar aquella maldicion del profeta: *Venient tibi duo hæc subito in die una, sterilitas et viduitas* (1). Se ven como dispersos aquí y allí algunos trozos de los caminos romanos por sitios en que no pasa persona alguna; algunas señales de los torrentes del invierno ya secos, los cuales vistos de lejos tienen el mismo aspecto que los caminos frecuentados, no siendo otra cosa que el lecho desierto de una agua borrascosa que ha desaparecido como el pueblo romano. Apenas se descubren algunos árboles; pero sí se ve por donde quiera ruinas de acuedectos y de sepulcros, cuyas ruinas parecen ser las selvas y plantas indígenas de una tierra compuesta del polvo de los muertos y de los restos de los imperios. Muchas veces me ha sucedido parecerme que veia ricas mieses en una estendida llanura, y convencerme al acercarme de que solo eran yerbas marchitas las que habian engañado mi vista. Tal vez se distinguen bajo esta estéril cosecha los vestigios de un cultivo antiguo. No hay aves, no hay labradores, no hay movimientos campestres, ni mugidos de vacadas, ni aldeas. En medio de la desnudez de los campos sobresale un pequeño número de alquerías desmoronadas; las puertas y las ventanas están cerradas, y no sale de ellas ni humo, ni ruido, ni habitantes. Una especie de salvage medio desnudo, pálido y consumido por la calentura, guarda aquellas tristes chozas, como aquellos espectros que en nuestras historias góticas defienden la entrada de los castillos abandonados. Puede en fin decirse que ninguna nacion se atreve á suceder á los señores del mundo en su pais natal, y que estos campos estan ahora en el mismo estado en que los dejó la reja del arado de Cincinato, ó el último arado romano.

(1) Te sobrevendrán dos cosas juntas en un solo dia: esterilidad y viudez. Isaias.

De en medio de un terreno inculto, al que domina y entristece todavía un monumento comunmente llamado el *sepulcro de Neron* (1), se levanta la gran sombra de la ciudad eterna. Parece que decaida de su poder terreno ha querido como aislarse: se ha separado de las demas ciudades de la tierra, y semejante á una reina destronada, ha ocultado noblemente su desgracia en la soledad.

No puedo espresar á vd. lo que sentí cuando se me apareció repentinamente Roma en medio de sus *reinos vacíos, inania regna*; pareciéndome que iba á incorporarse de la tumba en que estaba recostada para darse á conocer á quien la contempla; solo creo podrá vd. formar cierta idea aproximativa, figurándose aquella turbacion y asombro que penetraban á los profetas, cuando Dios les enviaba la vision de alguna ciudad á que habia unido los destinos de su pueblo. *Quasi aspectus splendoris* (2) Oprime el corazon la multitud de recuerdos y la abundancia de sentimientos; el alma trastornada se conturba á la vista de aquella Roma que por dos veces ha recogido la sucesion del mundo, como la heredera de Saturno y de Jano (3).

(1) El verdadero sepulcro de Neron estaba en la puerta del *Pueblo*, en el sitio mismo en que se edificó la iglesia de *Santa Maria del Popolo*.

(2) Era como una vision de esplendor.

(3) Montaigne describe la campiña de Roma, cual se encontraba ahora doscientos años, del modo siguiente: «Teníamos á lo lejos sobre nuestra derecha al Apenino; la vista del pais es poco agradable, desigual, lleno de profundas hoyas, incapáz de poder proporcionar pasage á gente de guerra en

Acaso esta descripcion haga á vd. creer que no hay cosa mas horrible que las campiñas de Roma, pero se engañaria vd. muchísimo; tienen una grandeza indefinible, y al mirarlas es pro[illegible] Virgilio.

Salve, magna parens frugum, Saturnia tellus.
Magna virum (1).

Si vd. mirase estas campiñas en calidad de economista, sin duda ninguna le desconsolarian, pero si as mirase como artista, poeta y aun filósofo, no deseára que fuesen diferentes de lo que son. La vista de un campo de trigo, ó un risueño collado lleno de viñas no le conmoveria á vd. tan poderosamente como la de esta tierra, cuyo suelo no ha rejuvenecido todavía el cultivo moderno, y ha quedado antigua siempre como las ruinas que la cubren.

Pero ninguna cosa es comparable en hermosura á las líneas que forman el horizonte romano, al suave declive de sus planos, y á los contornos fugitivos de los montes que le terminan. Muy á menudo presentan sus valles la figura de la arena de un circo de hipódromo; las colinas están cortadas á manera de terraplenes, cual si la mano poderosa de los romanos hubiese removido toda aquella tierra. Un vapor particular difundido á lo lejos, redondea los objetos, disimulando lo que sus formas pudieran tener de duro ó chocante. Las sombras no son pesadas y negras; y no hay masas de rocas ó de hojarasca tan oscuras que no se introduzca en ellas un poco de luz. Un tinte de

formacion; el terreno desnudo, sin árboles, una buena parte estéril, el pais muy abierto al rededor, y en mas de diez leguas en contorno, y casi todo muy poco poblado de casas.

(1). Yo te saludo, tierra fecunda, tierra de Saturno, madre de hombres grandes

singular armonía reune la tierra, el cielo y las aguas; y una gradacion insensible de colores liga en sus estremidades [illegible] las superficies, de manera que no es posible determinar el punto en el cual acaba un viso y empieza otro. Sin duda ha admirado vd. los paisages de Claudio Lorena: pues aquella luz que en ellos parece ideal, y mas hermosa que la naturaleza misma es la luz de Roma.

Jamás me cansaba de ver en la *villa* Borghesi ponerse el sol sobre los cipreses del monte Mario, y sobre los pinos de la *villa* Pamphili, plantados por Le Notre. Muchas veces he remontado el Tiber en Ponte-Mole, para gozar de aquella grandiosa escena al acabarse el dia: los picos de los montes de la Sabina aparecian en zonas de lapislázuli y de oro pálido, al mismo tiempo que sus bases y costados nadaban en un tinte vaporoso de color violado ó de púrpura. Hay ocasiones en que nubes hermosas llevadas como carros ligeros sobre el viento de la tarde con una gracia inimitable, hacen que se conciban en cierto modo la aparicion de los habitantes del Olimpo bajo aquel cielo mitológico; otras parece que la antigua Roma ha estendido en el Occidente todos los mantos de púrpura de sus cónsules y Césares bajo los últimos pasos del dios del dia. Tan rica decoracion no desaparece allí con rapidez como en nuestros climas; porque cuando parece que las tintas van á borrarse, se renueva sobre algun otro punto del horizonte; se sucede un crepúsculo á otro, y se prolonga la mágia del Poniente. Es verdad que en aquella hora de reposo para los campos no resuenan ya en el aire los antiguos tonos bucólicos; no hay ya mas pastores de aquellos: *Dulcia linquimus arva*! pero se ven todavía las *grandes víctimas de Clytumno*; bueyes blancos ó manadas de yeguas medio salvages que bajan á beber á las orillas del Tiber. Se creeria vd. trasladado al

tiempo de los antiguos sabinos, ó al siglo del árcade Evandro, ποιμενεξ λαῶν (1) cuando el Tiber se llamaba *Albula* (2), y cuyas aguas desconocidas remontó el piadoso Eneas.

Concederé sin embargo que los sitios de Nápoles son tal vez mas deslumbradores que los de Roma; porque en verdad cuando el sol encendido, ó el ancho y enrojecido disco de la luna se eleva sobre el Vesubio, como un globo disparado por el volcan, la bahía de Nápoles con sus riberas bordadas de naranjos, los montes de la Apulla, la isla de Capra, el collado de Pausílipo, Bayas, Misena, Cumas, el Averno, los Campos Eliseos y toda aquella tierra virgiliana ofrecen un espectáculo admirable pero no tiene en mi opinion todo lo *grandioso* de la campiña romana. Cuando menos es indudable que se aficiona uno á este suelo famoso: dos mil años hace que Ciceron se juzgaba desterrado bajo el cielo del Asia, y escribia á sus amigos: *Urbem, mi Rufe colle in ista luce vive* (3). Este atractivo de la bella Ausonia es todavía el mismo. Egemplos se citan de viageros que habiendo venido á Roma con solo el designio de pasar en ella algunos dias, se han quedado por toda su vida. Fue preciso que el Poussino viniese á morir á esta tierra de los bellos paisages; y en el momento en que escribo á vd. tengo la satisfaccion de conocer á Mr. de Agincourt, que vive aquí hace veinte y cinco años y que tambien promete á la Francia su *Vinckelman*.

(1) Pastor de los pueblos. *Homer*.
(2) *Vide* Tit. Liv.
(3) «Es preciso, mi querido Rufo, habitar en Roma; es necesario vivir en su ambiente:» me parece que dice esto el orador en el primero ó segundo libro de sus *Cartas familiares*. Cito de memoria, y espero por lo mismo se me disimulen las inexactitudes que puedan escapárseme.

Todo el que se dedica esclusivamente al estudio de la antiguedad y de las artes, ó á quien ya no le sujete conexion alguna, debe venir á vivir á Roma. Encontrará en lugar de sociedad una tierra que dé pábulo á sus reflexiones y ocupe su corazon, y paseos que siempre le dirán alguna cosa. La piedra que pise le hablará y el polvo que arrebate el viento de debajo de sus plantas encerrará alguna grandeza humana.

Si es desgraciado, si ha reunido las cenizas de los que amó con otras ilustres, ¡con qué encanto no pasará desde el sepulcro de los Escipiones al último asilo de un amigo virtuoso; desde el hermoso panteon de *Cecilia Metela* al modesto túmulo de una muger desgraciada! Se persuadirá sin duda que aquellos manes queridos se complacen en errar al rededor de estos monumentos con la sombra de Ciceron, que llora todavía á su querida Tulia, ó con la de Agripina, ocupada aun con la urna de Germánico. Y si es cristiano... ¡Ah! ¿Cómo podrá abandonar esta tierra que se ha hecho su patria? esta tierra que ha visto nacer un segundo imperio mas santo en su orígen y mas grande en poderío que el que le precedió; esta tierra en donde los amigos que hemos perdido, durmiendo con los mártires en las catacumbas á la vista del padre de los fieles, parece que deben despertarse los primeros en su polvo, y hallarse mas vecinos á los cielos? Aunque ofrezca Roma vista interiormente el mismo aspecto que la mayor parte de las ciudades europeas, conserva empero un carácter particular; ninguna otra ciudad ofrece una mezcla semejante de arquitectura y de ruinas, desde el panteon de Agripa hasta los muros de Belisario, desde los monumentos traidos de Alejandría hasta la encumbrada cúpula erigida por Miguel Angel. Tambien es otro distintivo característico de Roma la belleza de las mugeres: en su presencia y continente recuerdan

las Clelias y las Cornelias, ó se figura uno que las estátuas antiguas de Juno ó Palas, bajándose de su pedestal, se pasean al rededor de sus templos. Por otra parte se encuentra entre los romanos aquel *tono de cara* que los pintores han llamado *color histórico*, y que emplean en sus cuadros. Es natural que hombres cuyos ascendientes han hecho tan gran papel sobre la tierra, hubiesen servido de modelos ó tipos á los Rafaeles y á los Dominiquinos para representar los grandes personages de la historia.

Paréceme tambien una singularidad propia de Roma los rebaños de cabras, y sobre todo aquellas yuntas de grandes bueyes con enormes cuernos, echados al pie de los obeliscos egipcios, entre los escombros del foro, y bajo los arcos por donde pasaban en otro tiempo conduciendo al triunfador romano á aquel Capitolio que Ciceron llama *el consejo público del universo*.

Romanos ad templa Deum duxere triumphos.

A todos los ruidos comunes en las grandes ciudades se mezcla aquí el de las aguas que se oye de todas partes, como si se estuviese al lado de las fuentes de Blandusia ó Egeria. Desde lo alto de las colinas incluidas en el circuito de Roma, ó desde el estremo de varias calles, se ve el campo en perspectiva; lo que reune de un modo pintoresco la campiña y la poblacion. Circunstancias son todas estas que contribuyen á dar á Roma un no sé qué de rústico que se adapta á su historia: sus primeros dictadores guiaban el arado; debió el imperio del mundo á labradores, y no se desdeñó el mayor de sus poetas de enseñar el arte de Hesiodo á los hijos de Rómulo.

Ascroeumque cano romana per oppida carmen.

En cuanto al Tiber, que baña esta gran ciudad y comparte su gloria, tiene tambien un destino muy singular. Pasa por un ángulo de Roma, como si no estuviese en ella; nadie se digna echar una mirada sobre él, jamás se le menciona, ni se beben sus aguas, ni las mugeres lavan en ellas; se esconde entre malas casuchas que le cubren, y corre á precipitarse en el mar, sonrojado de oirse llamar el *Tíbero*.

Ahora debo deciros, mi querido amigo, alguna cosa acerca de las ruinas de que me encargásteis os hablase y que constituyen una gran parte de las afueras de Roma; las he visto en parte, ya en Roma, ya en Nápoles, menos los templos de Pesto, que no he tenido tiempo de visitar. Bien conoce vd, que estas ruinas deben adquirir caractéres diversos, segun los recuerdos que les son peculiares.

En una hermosa tarde del mes de julio último habia ido á sentarme al Coliseo, en la grada de uno de los altares dedicados á los dolores de la Pasion. El sol poniéndose derramaba rios de oro por todas aquellas galerías que en algun tiempo inundaba la concurrencia de los pueblos: al mismo tiempo salian sombras desde lo profundo de los palcos y corredores, ó caian sobre la tierra en anchas bandas negras. Desde lo alto de las armaduras de arquitectura divisaba, por entre las ruinas del lado derecho del edificio, el jardin del palacio de los Césares, con una palmera que no parece sino colocada espresamente sobre aquellos restos para los pintores y poetas. En vez de los gritos de alegría que exhalaban en otro tiempo los feroces espectadores en este anfiteatro al ver como desgarraban los leones á los cristianos, no se oian sino los ahullidos de los perros del ermitaño que guarda aquellas ruinas. Pero no bien desapareció el sol del horizonte, cuando la campana de la cúpula de San Pedro resonó sobre los pórticos del Coliseo. Con-

fieso á vd. que esta correspondencia de sonidos religiosos, entre los dos mayores monumentos de Roma cristiana y Roma pagana, me causó la mas profunda emocion: consideraba que el edificio moderno caeria así como el antiguo; reflexionaba que los monumentos se suceden como los hombres que los han construido, y recordaba que los mismos judíos que en su primera cautividad trabajaron en las pirámides de Egipto y en los muros de Babilonia, habian tambien levantado en su última dispersion aquel enorme anfiteatro. Las bóvedas que repetian el eco de la campana cristiana eran obra de un emperador gentil, señalado en las profecías para la destruccion final de Jerusalen. ¡Piensa vd. que no sea esta copiosa materia de meditacion, y que una ciudad que á cada paso que se dé en ella produce ideas semejantes, no merezca ser visitada!

Volví ayer 9 de enero al Coliseo para estudiarle en otra estacion y aspecto, admirándome al llegar el no oir los ladridos de los perros, que por lo regular se asomaban por los corredores superiores del anfiteatro entre yerba seca. Llamé á la puerta de la ermita construida en el centro de un palco; nadie me respondió. El ermitaño ha muerto. La dureza de la estacion, la falta del buen solitario, y otras recientes pesadumbres acrecentaron para mí la tristeza de aquel sitio; me parecia ver los escombros de un edificio que algunos dias antes habia admirado en toda su entereza y frescura. Así es, mi querido amigo, como á cada paso nos anuncia cuanto nos rodea nuestra nada; para convencerse de ella busca el hombre fuera de sí razones supérfluas en verdad, pues al paso que vá á meditar sobre las ruinas de los imperios, se olvida que él mismo es una ruina todavía mas vacilante, y que caerá antes que los restos que contempla (1). Pero lo

(1) El sugeto á quien se escribió esta carta ya no existe.

que acaba de asemejar nuestra vida al *sueño de una sombra* (1), es que tampoco podemos esperar que sobreviviremos mucho tiempo en la memoria de nuestros amigos, pues que su corazon, en donde está grabada nuestra imágen, es una arcilla sujeta á disolverse. En Portis me han enseñado un pedazo de ceniza del Vesubio desmenuzable al tacto, y que conserva la huella cada dia mas borrada del pecho y brazo de una jóven sepultada bajo las ruinas de Pompeya: imágen exacta y aun no bastante frágil de la huella que deja nuestra memoria en el corazon de *los hombres, ceniza y polvo* (2).

Antes de partir para Nápoles fuí á pasar algunos dias á Tívoli: recorrí las ruinas de los contornos, y particularmente las de la *villa Adriana*: habiéndome cogido la lluvia en medio de mi espedicion, me refugié á las salas de las Termas, próximas á Pæcilo (3), bajo de una higuera que creciendo habia derribado el lienzo de una pared. En una pequeña sala octógona una viña vírgen penetraba en la bóveda del edificio, y su gruesa y lisa cepa, bermeja y torcida, subia á lo largo de la pared como una serpiente. Al rededor de mí, y por en medio de las árcadas ruinosas se abrian diferentes puntos de vista hácia la campiña romana. Matas de saucos llenaban las salas desiertas á donde iban á refugiarse algunas mirlas. Los fragmentos de albañilería estaban entapizados de escolopendra ó lengua de ciervo, cuya verdura, como de raso, parecia un mosáico sobre la blancura de las piedras. Algunos altos cipreses sustituian á trechos en aquel palacio de la muerte á las columnas caidas; rastreaban

(1) Píndaro.
(2) Job.
(3) Monumentos de la *Villa*. Vease la descripcion de esta y del Tívoli.

á sus pies el acanto silvestre bajo de escombros, como si la naturaleza hubiese gustado de reproducir bajo las obras maestras de arquitectura mutiladas el adorno de su pasada belleza. La diversidad de salas y las puntas de las ruinas parecian canastillos y ramilletes de verdura: agitaba el viento las húmedas guirnaldas, y todas las plantas se inclinaban bajo la lluvia del cielo.

Mil confusas ideas me ocurrieron mientras contemplaba aquel cuadro: tan pronto admiraba como detestaba la grandeza romana: unas veces pensaba en las virtudes, y otras en los vicios de aquel propietario del mundo, que habia querido juntar una imágen de su imperio en su jardin. Traia á la memoria los sucesos que habian derribado aquella ciudad soberbia: mirábala despojada de sus mas hermosos adornos por el sucesor de Adriano; veia pasar á los bárbaros como un torbellino, acantonarse algunas veces en ella, y que para defenderse en aquellos mismos monumentos que habian casi destruido, coronaban el órden griego y toscano con la gótica almena. En fin, religiosos cristianos restituyendo la civilizacion á aquellos sitios, plantaban la vid, y dirigian el arado en el *templo de los estóicos* y las *salas de la Academia* (1): veia renacer el siglo de las artes, y los nuevos soberanos que acababan de trastornar las ruinas restantes de aquellos palacios para buscar en ellas algunas obras maestras del arte. A estos diferentes pensamientos se mezclaba una voz interior que me repetia lo que tantas veces se ha escrito acerca de la vanidad de las cosas humanas. Aun es mayor esta vanidad en la *villa Adriana*, puesto que sus monumentos, como es sabido eran la copia de otros monumentos de las provincias del imperio romano. El verdadero templo de Serapis en Alejandría, la verdadera academia de Atenas ya no existe: y así no ve vd. en las copias de Adriano sino ruinas de ruinas.

(1) Monumentos de la *Villa*: véase su descripcion.

Ahora deberia, mi querido amigo, describir á vd. el templo de la Sibila en Tívoli, y el elegante de Vesta suspendido sobre la cascada, pero me falta tiempo. Tambien siento no poder pintar á vd. aquella cascada celebrada por Horacio; allí me encontraba en terreno de vd. como heredero del *Αθελια* de los griegos, ó del *simplex munditiis* (1) del cantor del *arte poética*, pero la he visto en una estacion triste, y yo mismo no estaba muy alegre (2); diré á vd. mas, me importunaba el ruido de las aguas, ruido que tantas veces me ha encantado en las selvas americanas. Aun recuerdo todavía lo deleitoso que me era cuando de noche y en medio del desierto, medio apagada mi hoguera, mi guia durmiendo y pastando mis caballos á alguna distancia, escuchaba la melodía de las aguas y de los vientos en la profundidad de los bosques. Aquellos murmullos aumentándose ó disminuyéndose por intérvalos me conmovian estremadamente, siendo para mí cada árbol una especie de lira armoniosa, de la que sacaban los vientos consonancias inefables.

Echo de ver que en el dia no soy tan sensible á estos encantos de la naturaleza, y dudo que la catarata de Niágara me hiciese el mismo efecto que en otro tiempo. Cuando es uno jóven, la naturaleza muda habla mucho, hay mucha superabundancia en el hombre, tiene á la vista todo su porvenir, espera comunicar al mundo sus propias quimeras. En una edad adelantada, y cuando la perspectiva que teniamos delante, va pasando hácia detrás, cuando estamos

(1) Elegante simplicidad. *Horacio.*
(2) Véase la descripcion de Tívoli.

desengañados de una multitud de ilusiones, ya la naturaleza sola se hace mas fria, menos elocuente, y *los jardines hablan menos* (1); para que esta naturaleza nos interese todavia, es preciso que se le adhieran recuerdos de sociedad: no nos bastamos á nosotros mismos; una soledad absoluta nos abruma, y necesitamos de aquellas conversaciones que se tienen de noche en voz baja entre dos amigos (2).

No he dejado á Tívoli sin visitar la casa del poeta que acabo de citar. Estaba en frente de la villa de Mecenas. Allí es donde él sacrificaba *floribus et vino genium memorem brevis ævi* (3); su retiro no podia ser grande porque está situado sobre la falda misma del collado; pero desde luego se deja conocer que debia uno estar muy abrigado en aquel sitio, que aunque pequeño, ofrecia todas las comodidades. Desde el vergel que estaba delante de la casa recorria la vista un inmenso pais: verdadero retiro del poeta á quien basta poco, y que goza de todo lo que no posee, *spatio brevi spem longam resesces* (4), al fin es muy fácil ser filósofo como Horacio; tenia una casa en Roma, dos villas ó quintas, una en Utica, y la otra en Tívoli. Bebia de cierto vino del consulado de Tulo con sus amigos; su *aparador estaba lleno de vagilla de plata*, y decia familiarmente al primer ministro del orbe: «*No siento las urgencias de la pobreza, y si algo mas quisiese, tú, ó Mecenas, no me lo rehusarias*;» bien se puede cantar así á *Lalage*, coronarse *de azucenas que viven poco*, hablar de la muerte bebiendo el Falerno, y *dar al viento las pesadumbres*.

(1) La Fontaine.
(2) Horacio.
(3) Con flores y vino al genio que nos recuerda la brevedad de la vida.
(4) Encierra en breve espacio tus largas esperanzas.

Advierto que Horacio, Virgilio, Tibulo y Tito Livio, murieron todos antes que Augusto, que tuvo en esta parte el destino de Luis XIV: aquel gran príncipe sobrevivió muy poco á su siglo, y se acostó el último en el sepulcro como para asegurarse de que no quedaba nada despues de él.

Sin duda será á vd. indiferente saber que la casa de Catulo está situada en Tívoli sobre la de Horacio, y que ahora sirve de habitacion á algunos religiosos cristianos; pero acaso le parecerá notable que el Ariosto viniese á componer sus *fábulas cómicas* (1) al mismo parage en el que Horacio se burló de todas las cosas de la vida. No se puede menos de preguntar como es que el cantor de Orlando, retirado en casa del cardenal de Est, en Tívoli, consagrase sus *divinos* delirios á la Francia, y Francia medio bárbara mientras, tenia á la vista los severos monumentos y graves recuerdos del pueblo mas sério y civilizado de la tierra. Por lo demas la *villa* de Est es la única moderna que me haya interesado en medio de los restos de las de tantos emperadores y consulares. La casa de Ferrara ha tenido la dicha poco comun, de haber sido celebrada por los dos mayores poetas de su tiempo, y los dos mas bellos ingenios de la Italia moderna.

Piacciavi, generosa Ercolea prole,
Ornamento, é esplendor del secol nostro
Ippolito, etc.

Este es verdaderamente el grito de placer que exhala un hombre feliz, dando gracias á la poderosa familia, cuyos favores recibe y cuyas delicias es él mismo. El Taso, mas penetrante y tierno, profiere en

(1) Boileau.

su invocacion los acentos de gratitud de un hombre grande, pero desdichado.

Tu magnanimo Alfonso il qual ritogli, etc.

Proteger las talentos desterrados y dar acogimiento al mérito prófugo, es ciertamente hacer el mejor uso del poder. Ariosto é Hipólito de Est, han dejado en los valles de Tivoli unos recuerdos que en nada ceden á los de Horacio y Mecenas; mas ¿qué es ya de los protectores y los protegidos? En el momento en que escribo esto, la casa de Est acaba de estinguirse, la *villa* del cardenal del mismo nombre se ha arruinado como la del ministro de Augusto; y esta es la historia de todas las cosas y de todos los hombres.

Linquenda tellus, et domus et placens Uxor (1).

Pasé casi un dia entero en aquella suntuosa *villa*, no cansándome de admirar la perspectiva de que se goza desde lo alto de sus terrados: por bajo se estienden los jardines con sus plátanos y cipreses, y detrás de ellos vienen los restos de la casa de Mecenas, situada á las orillas del Anio (2). Al otro lado del rio, delante de la colina, reina un bosque de antiguos olivos, en donde se ven las ruinas de la *villa* de Varo (3); un poco mas adelante y hácia la derecha se levantan en la llanura los tres montes llamados *Monticelli*, *San Francesco*, *y San Angelo*, divisándose por entre las cimas de estos tres montes inmediatos la

(1) Preciso será dejar la tierra, la casa y la esposa amada. Horacio.

(2) En el dia el Teveron.

(3) Varo, que fué sacrificado en Germania con las legiones. Véase el admirable trozo de Tácito.

lejana y azulada del antiguo Soracte; en el horizonte de las campiñas romanas, y describiendo un círculo por Poniente y Mediodía, se descubren las alturas de Monte-Fiasconi, Roma, Sivita-Vecchia, Ostia, el mar, Frascati coronado con los pinos de Túsculo; en fin, volviendo á buscar á Tivoli hácia el Oriente, concluye la circunferencia de esta inmensa perspectiva en el monte Ripoli, ocupado en otro tiempo por las casas de Bruto y Atico, al pie del cual está la *villa Adriana* con todas sus ruinas.

En medio de este cuadro puede seguirse el curso del Teveron, que baja hácia el Tiber hasta el puente, en donde se encuentran el mausoleo de la familia *Plautia*, edificado en forma de torre. Se estiende tambien en la campiña el gran camino de Roma, que era la antigua via Tiburtina, llena en otro tiempo de sepulcros, y á lo largo de la cual pilas de heno en figura piramidal imitan todavía los desechos sepulcros.

Difícil será hallar en parte ninguna del orbe una vista tan asombrosa y propia para producir grandes reflexiones. Nada digo de Roma, cuyas techumbres se divisan, porque ella sola lo dice todo; hablo no mas que de los sitios y monumentos comprendidos en esta prolongada estension. Allí está la casa en donde Mecenas saciado de los bienes de la tierra murió de una enfermedad de languidez; Varo dejó aquel collado para ir á derramar su sangre en los pantanos de la Germania; Casio y Bruto abandonaron aquellos retiros para trastornar su patria; bajo estos altos pinos de Frascati, dictaba Ciceron sus Tusculanos; Adriano hizo correr al pie de esta colina un nuevo Peneo, y trasportó á estos sitios los nombres, encantos y recuerdos del valle de Tempe. Hácia este manantial de la Solfatara terminó sus dias en la oscuridad la reina de Palmira, desapareciendo en el desierto su efime-

ra ciudad. Aquí es donde el rey Latino consultó al dios Jano en la selva Albúnea; aquí donde Hércules tenia su templo, y daba sus oráculos la sibila Tiburna; aquí estan los montes sabinos, las llanuras del antiguo Lacio, tierra de Saturno y de Rea, cuna de la edad de oro, cantada por todos los poetas: las amenas laderas de Tibur y de Lucretil, cuyas gracias ha podido retratar el genio francés, y que aguardaban los pinceles de un Poussino y de un Claudio Lorena.

Bajé de la *villa* de Est (1) á cosa de las tres de la tarde, pasando el Teveron por el puente de Lupo, para volver á entrar en Tívoli por la puerta Sabina. Al pasar el bosque de olivos antiguos de que acabo de hablar á vd., reparé en una capillita blanca dedicada á la madona Quintilánea, y que está edificada sobre las ruinas de la *villa* de Varo. Era domingo, estaba abierta la puerta y entré. Ví tres altaritos en forma de cruz; en el del medio habia un gran crucifijo de plata, delante del cual ardía una lámpara suspendida del techo: solo un hombre que tenia toda la traza de desgraciado, estaba prosternado al lado de un banco, y orando con tanto fervor, que ni siquiera levantó los ojos al ruido de mis pasos. Sentí como mil veces he esperimentado al entrar en una iglesia, cierta calma y sosiego de las turbaciones del corazon, y no sé que disgusto de las cosas terrenas; me puse de rodillas á cierta distancia de aquel hombre, é inspirado por el sitio en que me hallaba, pronuncié esta súplica: «¡Dios del viagero, que habeis querido que «el peregrino os adore en este humilde asilo, edifica«do sobre las ruinas del palacio de un grande de la

(1) A la conclusion de mi descripcion de la *villa Adriana*, anunciaba por la mañana siguiente un paseo á la *villa* de Est; pero no he dado los pormenores de este paseo, porque estaba ya en mi *carta sobre Roma* á Mr. Fontanes.

«tierra! ¡Madre de dolor, que habeis establecido «vuestro tierno culto en la herencia de un romano «desgraciado, muerto lejos de su pais en los bosques «de la Germania! no estamos aquí sino dos fieles pos«trados al pie de vuestro altar solitario. Conceded «á este desconocido, tan profundamente humillado «delante de vuestra grandeza, todo lo que os pida; «haced que sus ruegos sirvan tambien en favor de «mis necesidades, á fin de que estos dos cristianos, «estraño el uno para el otro, y que no se han encon«trado sino por un instante en el viage de la vida, y «van á separarse para no verse ya mas acá abajo, «queden estáticos al volverse á encontrar al pie de «vuestro trono, al deberse mútuamente una parte de «su felicidad por los milagros de la caridad.»

Cuando vuelvo la vista, amigo mio, á todos los pliegos esparcidos sobre mi mesa, me asusta verdaderamente su inmenso fárrago y dudo enviárselos á vd. Conozco sin embargo que nada le he dicho, y que se me han olvidado mil cosas interesantes: por egemplo, no le he hablado á vd de Túsculo, de Ciceron, que segun dice Séneca «fué el único génio que tuvo «el pueblo romano igual á su imperio:» *Illud ingenium quod solum populus romanus par imperio suo habuit*; de mi viage á Nápoles, mi bajada al cráter del Vesubio (1) mis espediciones á Pompeya, á Caserta (2), á la Solfatara, al lago Averno, á la gruta de la Sibila,

(1) No hay, como he dicho en otra parte, peligro ninguno sino fatiga en bajar al cráter del Vesubio. Seria preciso tener la mala suerte de que estallase una erupcion en aquel mismo instante; y aun en este caso, si la esplosion no arrebata al viagero, la esperiencia ha probado que puede uno salvarse sobre la lava: como corre con mucha lentitud, se enfria su superficie bastante pronto para poderla pasar con rapidez.

(2) Nada he hallado en Caserta.

todo lo cual debia necesariamente recrear á vd., solo Baias, teatro de tantas memorables escenas, merecia un volúmen entero. Paréceme que estoy viendo todavía la torre de Bola, en donde estaba la casa de Agripina, y dijo ella á los asesinos enviados por su hijo, aquellas sublimes palabras: *Ventrem feri* (1). La isla Nisida, refugio de Bruto despues del asesinato de César, el puente de Calígula, la piscina admirable y todos aquellos palacios edificados en el mar, de que habla Horacio, sin duda merecian detenerse un poco en ellos. En tales sitios colocó ó halló Virgilio las hermosas ficciones del libro sesto de su *Eneida*: desde allí escribia á Augusto estas palabras modestas (únicas en prosa que conocemos de aquel hombre grande): *Ego verò frecuentes á te litteras accipio... De Ænea quidem meo, si me hercule jam dignum auribus haberem tuis: libenter mitterem: sed tanta inchoata res est, ut pæne vitio mentis tantum opus ingressus mihi videar; cum præsertim, ut scis, alia quoque studia ad id opus multoque potiora impetiar* (2).

Mi peregrinacion al sepulcro de Escipion el Africano es una de las que quedé mas contento, aunque no conseguí el objeto de mi viage. Se me habia dicho que el mausoleo existia, y que aun se leia en él la palabra *patria*, único resto de la inscripcion que se pretende tenia con estas palabras: *ingrata patria, no poseerás mis huesos*. Fuí pues á Patria, la antigua Literna, y aunque no he encontrado el sepulcro he divagado por las ruinas de la casa que habitó en su destierro el mas amable de los hombres: me figuraba ver al vencedor de Anibal pasearse á orillas del

(1) Tácito.

(2) Este fragmento se encuentra en Macrobio, pero no puedo fijar el libro; me parece que es el primero de las Saturnales. Véanse los *Mártires* acerca de la mansion de Baias.

mar, en la costa contrapuesta á la de Cartago, consolándose de la injusticia de Roma con los encantos de la amistad y el recuerdo de sus virtudes (1).

(1) No solo se me habia dicho que el sepulcro existia, sino que yo tambien habia leido las circunstancias de lo que aquí cuento en no sé qué viagero. A pesar de esto, las razones siguientes me hacen dudar de la verdad de los hechos.

1. Me parece que Escipion, no obstante las fundadas razones de queja que tenia contra Roma, amaba demasiado á su patria para haber querido que se grabase en su sepulcro semejante inscripcion, lo cual parece contrario á todo lo que sabemos del genio de los antiguos.

2. La inscripcion referida está concebida casi literalmente en los términos de la imprecacion que Tito Livio pone en boca de Escipion saliendo de Roma: ¿no pudiera haberse originado de esto el error?

3. Cuenta Plutarco que cerca de Gaeta se encontró una urna de bronce en un sepulcro de mármol, en donde debian estar las cenizas de Escipion, y que tenia una inscripcion muy diferente de la que aquí se trata.

4. Habiendo tomado la antigua Literna el nombre de *Patria*, ha podido esto dar origen á lo que se ha dicho de la palabra *patria* como único resto de toda la inscripcion del sepulcro. En verdad, ¿no seria un acaso muy singular que el sitio se llamase *Patria*, y que esta palabra se hallase tambien en el monumento de Escipion, á no suponerse que sitio y sepulcro tomasen el nombre uno de otro?

Puede muy bien ser que autores que yo no conozco hayan hablado de esta inscripcion, de modo que no dejen duda alguna: y aun hay una frase en Plutarco que parece favorable á la opinion que combato. Un hombre del mayor mérito, y que me es tanto mas caro, cuanto es mas desgraciado, ha hecho al mismo tiempo que yo el viage de *Patria* (1). Hemos hablado á menudo de este sitio célebre, y no estoy cierto de si me dijo que habia visto él mismo *el sepulcro y la palabra* (lo cual cortaria la dificultad) ó si solamente me contó la tra-

(1) Mr. Bertin, el mayor, á quien yo puedo citar, estaba entonces desterrado y perseguido por Bonaparte por su adhesion á la familia de los Borbones.

En cuanto á los romanos modernos, mi querido amigo, creo que Duclós se dejó llevar del mal humor cuando los llama los *italianos de Roma*; pues me parece que aun encierran el carácter de una nacion poco conocida. En este pueblo, juzgado con demasiada ligereza, se puede descubrir un gran discernimiento, valor, paciencia, génio, profundas señales de sus antiguas costumbres, cierto aire de soberanía y algunas costumbres nobles que se resienten de grandeza. Quisiera que antes que condene vd. una opinion que puede parecerle aventurada, oyese nuevas razones; pero me falta tiempo para esponérselas.

¡Cuántas cosas me quedarian qúe decir á vd. acerca de la literatura italiana! Sabe vd. que no he visto sino una sola vez en mi vida al conde Alfieri, y adivinará vd. que le he visto cuando le iban á meter en su ataud. Se me aseguró que apenas estaba mudado. Parecióme su fisonomía noble y grave, á la que añadia sin duda la muerte una nueva severidad: como el féretro fuese algo corto, inclinaron la cabeza del difunto sobre su pecho, lo que le hizo hacer un

dicion popular. En cuanto á mí, no he hallado el monumento y no he visto sino las ruinas de la *Villa*, que no me parecen gran cosa.

Plutarco habla de la opinion de aquellos que colocaban el sepulcro de Escipion cerca de Roma; pero confundian seguramente el sepulcro de los Escipiones con el de Escipion. Tito Livio afirma que éste estaba en Literna coronado de una estátua, la cual fué derribada por una tempestad, y que él mismo habia visto aquella estátua. Se sabia ademas por Séneca, Ciceron y Plinio, que el otro sepulcro, es decir, el de los Escipiones, habia existido efectivamente en una de las puertas de Roma. Ha sido descubierto en el reinado de Pio VI, y se han transportado las inscripciones al museo del Vaticano: entre los nombres de los miembros de la familia de los Escipiones encontrados en el monumento, falta el del Africano.

movimiento horroroso. Una persona que fué muy de su estimacion (1), y un amigo del conde Alfieri me favorecieron proporcionándome notas curiosas acerca de las obras póstumas, opiniones y vida de aquel hombre célebre. La mayor parte de los papeles públicos de Francia no han dado sobre este particular sino noticias cortas é inciertas. Mientras comunico á vd. mis notas, le remito el epitafio hecho por el conde Alfieri, al mismo tiempo que el suyo, para su noble amiga.

HIC. SITA. EST.
AL.... E.... ST....
ALB.... COM....
GENERE. FORMA. MORIBUS.
INCOMPARABILI. ANIMI. CANDORE.
PRÆCLARISSIMA.
A. VICTORIO. ALFERIO.
JUXTA. QUEM. SARCOPHAGO UNO (2)
TUMULATA. EST.
ANNORUM. 26. SPATIO.
ULTRA. RES. OMNES. DILECTA.

(1) La persona para quien se habia compuesto de antemano el epitafio que pongo aquí, no desmintió por mucho tiempo el *hic sita est*, pues ya se ha reunido con el conde Alfieri. No hay cosa mas triste que el leer al declinar los años lo que se ha escrito en la juventud; todo lo que existia presente cuando se escribia lo halla uno ya pasado: se hablaba de los vivos y ya no se ve sino muertos. El hombre que envejece en el camino de la vida, vuelve la cabeza para mirar á sus compañeros de viage, y han desaparecido. Ha quedado solo en una senda desierta.

(2) *Sic inscribendum, me, ut opinor et opto, premoriente. Sed aliter juvente Deo, aliter inscribendum.»*
Qui. juxta. eam. sarcophago. uno
Conditus, erit. quamprimum.

ET. QUASI. MORTALE. NUMEN.
AB. IPSO. CONSTANTER. HABITA.
ET. OBSERVATA.
VIXIT. ANNOS,. MENSES.. DIES..
HAN. NONLÆ. MONTIBUS. NATA.
OBIIT... DIE... MENSIS,..
ANNO DOMINI. M. D. CCC. (1)

La sencillez de este epitafio, y particularmente la nota que le acompaña me parecen muy penetrantes.

He concluido por ahora. Envio á vd. un monton de ruinas para que haga de ellas lo que guste; pero me persuado á que en la descripcion de los diferentes objetos de que le he hablado, no haya omitido cosa alguna notable, á no ser que el Tiber es siempre el *Flavus Tiberinus* de Virgilio. Se atribuye su color barroso á las lluvias de los montes por donde desciende. Muchas veces, y en los dias mas serenos, al ver deslizarse sus ondas pálidas me ha sugerido la idea de una vida empezada en épocas turbulentas y tempestuosas. En vano es que gire lo que le queda que correr bajo un cielo puro: el rio queda siempre teñido con las aguas de las borrascas que le infestaron en su orígen.

(1) «Aquí reposa Heloisa E. St. condesa de Al., ilustre por sus ascendientes, y célebre por las gracias de su persona, por las de su talento, y por el candor incomparable de su alma. Enterrada con Victor Alfieri en un mismo sepulcro (1), la prefirió él por espacio de veinte y seis años á todas las cosas de la tierra. Mortal, la obsequió y respetó como si hubiese sido una divinidad.»

Nacida en Mons, vivió... y murió el...

(1) «Asi he escrito, esperando y deseando morir el primero; pero si Dios lo dispusiese de otro modo, será preciso escribir: «Enterrada por disposicion de Victor Alfieri, que será enterrado bien pronto cerca de ella en un mismo sepulcro.»

VIAGE A CLERMONT.